

# Editorial

## “Mi Historia”

Ahora que está comenzando el nuevo título de grado, me doy cuenta de que es mucho el tiempo transcurrido y muchas las cosas que han cambiado desde que la Facultad de Veterinaria iniciara su camino en enero de 1987 en aquél edificio de Zárate, que muchos de nosotros conocimos y sufrimos durante años. Por ello, me considero copartícipe y fiel testigo de la evolución que la Facultad ha experimentado. Son tantos los acontecimientos vividos y las experiencias acumuladas hasta el día de hoy, que no se con seguridad si todo sucedió tal y como lo recuerdo; pero de lo que no me cabe duda es de que se trata de mi historia.



Esta historia comienza en diciembre de 1988 cuando fui contratada como Profesora Ayudante para la asignatura de Patología General. Se impartía el tercer curso de la licenciatura y la Facultad de Veterinaria, entonces dependiente de la Universidad de La Laguna, se estaba formando; de hecho, su creación fue publicada en el Boletín Oficial de Canarias el 17 de Octubre de 1986; su posterior adscripción a la entonces recientemente creada Universidad de Las Palmas de Gran Canaria se publicó en el Boletín Oficial de Canarias el 15 de Septiembre de 1989.

Los primeros años aunque no fueron fáciles, los recuerdo como apasionantes; todo estaba por hacer. El edificio de Zárate fue modificándose en un intento de albergarnos a todos; y el sótano, que en un principio era prácticamente diáfano, fue compartimentándose a medida que se incorporaban nuevos profesores. Todo se llenó con despachos y laboratorios, algunos de ellos equipados con muebles de cocina. Si tengo algún recuerdo negativo de aquella época, es el de la falta de luz natural y ventilación que padecíamos “los de abajo”; no había ni una sola ventana con comunicación al exterior.

La Clínica también se ubicó en el sótano, en la única estancia que tenía salida directa a la calle. Por allí pasaban los primeros pacientes que, básicamente eran los perros y gatos de la gente que vivía en el vecindario. Contaba con sala de consulta, quirófano, rayos X, algunas jaulas para hospitalización y poco más. El horario de atención al público se limitaba a algunas horas al día, las que coincidían con las prácticas de Cirugía y Patología Médica; aunque también se atendían las urgencias que pudieran llegar en un

horario razonable. Por aquél entonces no pensábamos que Europa nos iba a marcar la necesidad de tener un Hospital abierto las 24 horas, todos los días del año. La EAEVE (European Association of Establishments for Veterinary Education) fue creada en 1988 y su sistema de evaluación fue reconocido desde 1991.

Muy pronto las carencias que aquél lugar tenía para albergar una Facultad de Veterinaria se evidenciaron. Cada vez éramos más profesores y también más estudiantes. Era difícil hacer una docencia medianamente digna en un edificio que en un principio contaba sólo con dos aulas, situadas en la planta alta; el que sus ventanas dieran a la calle nos hacía dar la clase escuchando de fondo la música del coche del vecino, o lo “fresco que estaba el pescado” que alguien vendía. Por otra parte, los laboratorios tampoco reunían las condiciones idóneas pues a la falta de ventilación y espacio, se unía alguna que otra “inundación” que los del sótano sufríamos cuando se obstruían los bajantes de arriba. En más de una ocasión, el laboratorio de patología dejó traspasar un sospechoso líquido rojizo procedente de la sala de necropsias que estaba situada justo encima.

A todo ello se unía que yo, como la mayoría de profesores, además de encargarme de las clases teóricas y prácticas tuve la necesidad de hacer la Tesis Doctoral, teniendo que conseguir que alguien pudiera y quisiera dirigirme una. Por aquél entonces eran pocos los profesores doctores con los que contaba la Facultad. Después de varios intentos fallidos, tuve la suerte de encontrar la mejor disposición en mi querido profesor Ignacio Navarrete. Él, junto a David Reina, ambos de la Facultad de Cáceres, lograron que en diciembre de 1993 defendiera la tesis que sobre trichinella spiralis en cabras me habían dirigido. Fue todo un reto, tanto por la distancia física con los directores, como por la situación tan precaria por la que entonces pasaba nuestra Facultad. El principal escollo fue el de encontrar una ubicación para los animales que utilizaríamos en la fase experimental. No era nada fácil disponer de un lugar que reuniera las mínimas condiciones de habitabilidad para mantener durante unos meses a 12 baifos. La experiencia comenzó en una granja de Valsequillo, pero pronto, y obligados por la Consejería de Agricultura, tuvimos la necesidad de buscar una nueva ubicación para los animales. Todavía me hace

gracia recordar las cabezas de los baifos asomando por la parte de atrás del panda que utilizamos en aquél cómico e “ilegal” traslado desde la granja hasta la Facultad; dónde, con mucha imaginación, habilitamos el cuarto ubicado en la azotea del edificio, protegiendo todo el cableado telefónico que contenía con paneles de madera. Carlos Gutiérrez, todo un experto en el manejo de las cabras, fue mi compañero de fatigas en todas aquellas aventuras.

Como equipo, una de las primeras tareas importantes que afrontamos fue la de organizar los Departamentos. En el año 1989 se constituyó el Departamento de Patología Animal, Producción Animal, Bromatología y Tecnología de los Alimentos. Yo tomé posesión como Secretaria del mismo en enero de 1990. Fernando Real fue el primer director y Juan Luis López, el primer jefe de servicios.

Otro reto importante al que debía de enfrentarse la Facultad era el de elaborar un nuevo plan de estudios, puesto que el que teníamos era el que habíamos adaptado de la Facultad de León. Después de intensos debates, en los que según recuerdo, primó la cordialidad y el reparto consensuado entre todos, se aprobó el plan que hasta hoy sigue vigente. Fue publicado en el BOE del 20 de enero del 2000.

La Facultad evolucionaba y nosotros con ella. En el año 1999, cuando acabábamos de abandonar el edificio de Zárate, oposité a la plaza de Profesor Titular. Fue por aquel tiempo cuando la mayoría de compañeros, hoy Catedráticos y Titulares, fueron consolidando sus plazas al igual que yo.

Desde diciembre de 2002 hasta febrero de 2005 ocupé el cargo de Vicedecana-Directora del Hospital Clínico. Fue una etapa muy dura y de gran coste personal, pero en la que en todo momento conté con el apoyo incondicional de mi compañera y amiga Otilia Ferrer. Creo que el balance fue positivo dado, que en ese tiempo el Hospital dio un importante salto cualitativo. Se contrataron veterinarios, se consiguieron equipos de laboratorio, de ecografía, de oftalmología, de traumatología, de endoscopia, etc.; comenzó la apertura del hospital durante las 24 horas al día durante todo el año, y todo ello gracias al empeño y la gestión de algunas

personas a las que desde estas líneas quisiera recordar: Manuel Lobo, Francisco Quintana, Antonio J. Fernández y Anselmo Gracia, quienes como Rector, Gerente, Vicerrector de Investigación y Decano de la Facultad respectivamente, apoyaron de forma decidida lo que pienso fue el arranque del Hospital que hoy tenemos.

Hace ya casi dos años, en enero de 2009, la Facultad recibió la visita del Comité de Evaluadores Europeos por segunda vez. En esta ocasión, el resultado fue muy distinto al que obtuvimos en aquella primera visita de octubre del año 2000, en la que no superamos el procedimiento de evaluación. Aunque en aquel momento ya contábamos con la mayoría de instalaciones actuales, el informe que recibimos nos mostró de forma contundente unas deficiencias, que en aquel momento fueron imposibles de resolver. Ese informe, al menos, sirvió para unificar criterios y esfuerzos, y así finalmente conseguir situar a nuestra Facultad en el listado de Facultades de Veterinaria Europeas bien evaluadas.

No hay duda, hemos cambiado y mucho; hemos pasado del tiempo en el que sólo contábamos con dos aulas para toda la docencia de la Facultad, a que cada curso disponga de su propia aula; de una modesta máquina de café en el hall que nos reunía a casi todos, a disponer de una cafetería que apenas nos reúne a unos cuantos; de aquéllos viejos retroproyectores, a las pizarras digitales; de las primeras proyecciones con diapositivas, a la opción de grabar nuestras clases, para que los estudiantes puedan verlas cada vez que quieran.

Ha cambiado nuestro entorno y nosotros mismos, hemos conseguido muchas cosas, y ahora como siempre, nos corresponde mirar hacia delante y no dar ni un paso atrás. Lo bueno conseguido nos lo merecemos y los gestos actuales y futuros de la Facultad deben estar de nuestro lado. El futuro es nuestro, y como dijo Woody Allen: “Me interesa el futuro porque es el sitio donde voy a pasar el resto de mi vida.”

*M<sup>a</sup> del Carmen Muñoz Ojeda*